

Juan Rodríguez Freyle

El carnero

Edición de Ángel Esteban y Yannelys Aparicio

CÁTEDRA
LETRAS HISPÁNICAS

Índice

INTRODUCCIÓN	9
El libro de los avatares	11
Primer avatar: el título y los títulos	12
Segundo avatar: los manuscritos de otros	21
Tercer avatar: distintas ediciones sobre diversos manuscritos con diferentes criterios	30
Cuarto: una vida llena de avatares	41
Quinto avatar: su formación e influencias	57
Sexto avatar: el género y los géneros	73
Género como <i>genre</i>	73
Género como <i>gender</i>	89
Séptimo avatar: ¿carnero, archivo o memorial?	102
Octavo avatar: el tejido hermenéutico	107
ESTA EDICIÓN	115
BIBLIOGRAFÍA	117
EL CARNERO	125
Prólogo al lector	129
Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada	133
Capítulo I	135
Capítulo II	142
Capítulo III	149

Capítulo IV	155
Capítulo V	163
Capítulo VI	175
Capítulo VII	193
Capítulo VIII	205
Capítulo IX	216
Capítulo X	232
Capítulo XI	248
Capítulo XII	263
Capítulo XIII	276
Capítulo XIV	294
Capítulo XV	312
Capítulo XVI	330
Capítulo XVII	349
Capítulo XVIII	365
Capítulo XIX	387
Capítulo XX	413
Catálogo	425
Capítulo XXI	436
Catálogo	455
Catálogo	465

EL LIBRO DE LOS AVATARES

La obra que aquí estudiamos es una de las más originales e inclasificables de toda la literatura colonial. Pertenece a una segunda generación de crónicas, aunque no es exactamente una crónica y, sin ser una novela, posee rasgos narrativos indudables que anticipan el nacimiento del cuento y la novela en el siglo XIX. De hecho, en alguna ocasión, su autor fue denominado como «un Ricardo Palma colonial, precursor del célebre creador del género de las *tradiciones*» (Orjuela en Rodríguez Freyle, 1974, 21-22). Por otro lado, Freyle utiliza documentos oficiales y una bibliografía que emparentan al texto también con los géneros historiográficos, aunque de un modo parcial, sin olvidar que recurre asimismo a técnicas dialógicas que lo asemejan a propuestas de corte dramático, con recursos que recuerdan a alguno de los maestros del teatro del Siglo de Oro peninsular.

Y si la ambigüedad genérica es obvia, los problemas para fijar el propio texto son aún mayores, porque durante dos siglos *El carnero* circuló en versiones manuscritas, copiadas unas de otras, sin que se sepa hasta el momento cuál es la original escrita por el criollo santafereño, lo que significa que las ediciones que se han realizado desde mitad del siglo XIX —la primera es de 1859— hasta la fecha han debido elegir la fuente primaria y justificar esa elección, así como, en algunos casos, acometer el estudio de variantes, la corrección de erratas, y una labor en muchos casos arriesgada de dilucidación de elementos autoriales frente a las decisiones de los copistas o editores.

En tercer lugar, tal como ocurre en obras clásicas como el *Libro de Buen Amor*, *La Celestina* o el *Quijote*, la ambigüedad alcanza de un modo sorprendente y complejo al dispositivo hermenéutico, la máquina del sentido, la ansiedad de la interpretación correcta, porque la intención de su autor pudo estar condicionada bien por su formación filosófica, literaria y teológica, por su situación matrimonial y sentimental, los conflictos económicos y judiciales derivados de su actividad laboral, o bien por los mecanismos de control ideológico de la metrópoli en la época barroca, la más intransigente, la de los últimos Austrias. Por todo ello, no es fácil descifrar muchas de sus afirmaciones y de sus argumentos. De hecho, diversos críticos han interpretado los textos de forma opuesta y han tratado de demostrar o aclarar el sentido de tal glosa.

Por último, como una punta de iceberg absolutamente palpable, que sugiere la existencia de una tensión escondida y bullente, casi volcánica, se añade la incógnita sobre el mismo título de la obra. A partir de lo más visible, lo que identifica al conjunto de lo escrito, lo que resume y sintetiza el juego de transparencias y máscaras, se arraciman hacia las raíces los demás conflictos. Podría haberse retitulado el texto de Rodríguez Freyle como *El libro de los avatares*. Por aquí empezamos.

PRIMER AVATAR: EL TÍTULO Y LOS TÍTULOS

En toda esta introducción vamos a tratar el término «avatar» en sus dos significados principales: como vicisitudes o sucesos que ocurren y generan un cambio, y como representación de algo, transformación de una realidad o ser en otro, en el cual se puede reconocer. El primer problema que plantea el título es la palabra «carnero», que no aparece en los manuscritos y tampoco es general en todas las ediciones. Por lo que hemos podido cotejar y coinci-

diendo con lo que asegura Hermosilla (1998), esa palabra, que es la que comúnmente se utiliza para aludir a la obra, solo aparece en el manuscrito de Sierra y Espineli, que es de 1812, en el que se aventura el siguiente título de portada: «CARNERO, historia que cuenta los lances, bullas y alborotos que sucedieron en Santafé desde su población hasta ciento cincuenta años después». En cuanto a las ediciones, casi todas suelen llevar o bien el sintagma *El carnero* tal cual, o bien ese título seguido del comienzo del que aparece en el primer manuscrito conocido, el de Ricaurte y Rigueyro, de 1784: «Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada». En la primera edición no aparece el término «carnero» en el título largo pero sí en el lomo de la portada de tapa dura, cubierta que va lisa tanto en su parte delantera como en la trasera, y en los comentarios del prólogo del editor, que se explyaba en la explicación sobre el significado de esa palabra, pues ya se conoce a la obra con tal apelativo. De hecho, en el periódico *El Mosaico* se anunció la publicación de la obra al mismo tiempo que se daba a las prensas. En la primera página de la larga reseña aparecía «EL CARNERO» en la línea inicial, con letra grande y mayúscula, y a partir de ahí «Conquista i Descubrimiento del Nuevo Reino de Granada i fundaciones de la ciudad de Santafé de Bogotá», para explicar en las siguientes líneas, ya con letras minúsculas, el contenido del libro y el origen de la palabra «carnero» aplicada a él: «Cuéntase en ella su descubrimiento, algunas guerras civiles que había entre sus naturales, sus costumbres i jente, y de qué procedió este nombre tan célebre». En *El Mosaico* colaboró con frecuencia Felipe Pérez, el autor de la primera edición de *El carnero*, y durante un tiempo llegó a ser el director de la revista, por lo que no es extraño que apareciera esa generosa reseña de la obra con una propaganda para la difusión y venta de la obra, con el precio incluido. El resto de las ediciones sí solían llevar la palabra «carnero» adherida al título.